> *No se ha prestado demasiada antención al hecho de que la mayoría de los sociólogos se refugien en el presente. Esta huida del pasado hacia la nada, se ha convertido en el rasgo dominante del desarrollo de la Sociología después de la Segunda Guerra Mundial.*
> *Algo extraño sucede obviamente con una disciplina científica cuando sus representantes más destacados permiten, cuando no patrocinan, que el sentimiento ideológico gobierne un trabajo científico.*

El memoricidio

A la antigua barbarie del franquismo pertenecen las técnicas artesanales y milenarias del incendio, el pillaje, la violación, la tortura y el exterminio. El franquismo como dimensión sociológica sigue presente en nuestra sociedad; no nos lo podemos sacar de encima; las organizaciones denominadas de izquierdas no están libres de la contaminación franquista.

La barbarie de hoy toma también otras formas y otras técnicas. Una de ellas es el olvido, el silencio y la manipulación. Hoy los políticos no saben qué hacer con el sistema. Pretenden la «gobernabilidad» y se dedican a una política de arrasamiento no sólo de los tópicos de la izquierda, sino de los valores culturales de izquierdas.

Juan Goytisolo (1993, pág.53) lo ha llamado *memoricidio*. La «industria de la cultura» (Adorno-Horkheimer) de Occidente no sólo prescinde de la historia como narración y construcción de la realidad, sino que incluso trata de yugular la capacidad de recordar y estrangula la memoria; trata de borrar no sólo a Lauro Olmo, sino a todo un grupo de ideología plural, del mundo que pretendió el progreso en la solidaridad y en la esperanza. Poco queda de todos aquellos dirigentes socialistas, comunistas, nacionalistas, anarquistas, demócratas fundamentalmente, que no quisieron servirse de las plataformas de los partidos y de los sindicatos para «vivir mejor» e integrarse en el circuito de «las casas adosadas».

La resistencia a la discusión pública, no partidista, sobre los problemas de la transición, constituye una manera de memoricicio. Los problemas de la transición y de la postransición, también nacen de la cobardía intelectual o del temor político a realizar diagnósticos pesimistas y a proponer remedios impopulares. Con el memoricidio, dichos problemas se convierten en pseudoproblemas porque ya no existen: los han matado al hacerlos desaparecer de la memoria y al hacer desaparecer la misma memoria.

Los memoricidas, por inhibición, también suelen optar por la descomprometida y cínica actitud del desarraigado, del ahistórico, rehuyendo cualquier pronunciamiento que pudiera enajenarles las simpatías y los votos de los segmentos de la población más directamente afectados por las decisiones adoptadas necesariamente. Durante los momentos de euforia, los memoricidas, por inhibición lanzan promesas sobre promesas, a sabiendas de que no las podrán cumplir.

La actitud inhibidora de los memoricidas no hace sino seguir el camino abierto por la mayoría de los medios de comunicación, cultivadores del doble vínculo en sus relaciones con el Gobierno. Esa situación de doble vínculo, que reserva a los medios de comunicación el derecho de proporcionar zurriegazos sádicos y a la razón el deber masoquista de soportarlos, no implica compromiso alguno para quien razona a su favor.

Los memoricidas no aplicaron la técnica de la destrucción masiva de la memoria, sino que se ocuparon de llevar a cabo una labor selectiva en tres sentidos: a) personas que han de desaparecer; b) ideas que han de olvidarse; c) técnicas que deben utilizarse en el memoricidio.

Como en todo proceso de memoricidas, se trataba fundamentalmente de llevar a cabo hasta las últimas consecuencias la dialéctica de nosotros y de los otros. Los «otros» con frecuncia se hicieron más «nosotros» que los mismos nosotros. Son las manifestaciones normales en el proceso mezquino de la diferenciación arbitraria.

Con la hegemonía de los memoricidas la avaricia del político pone en peligro la democracia. Puede surgir un nuevo fascismo o autoritarismo. Tenemos el gobierno del racismo y la inmigración. ¿Qué ha pasado con la cultura crítica cuando el mercado se ha convertido en la ideología única, y el sistema liberal es incapaz de generar renovación, creatividad y emoción, fuera del economicismo?

El memoricidio es fruto de la «cultura del odio»; cultura como caldo de cultivo, como producto de laboratorio, que constituye el objeto de una siembra minuciosa orientada a alcanzar el desarrollo de un determinado tipo de bacilo. (Váquez Montalbán 1993, págs.35-45).

El memoricidio forma parte de una técnica de deformación-conformación de la realidad consistente en el desenclave de todo aquello que no interesa a los dominantes para la consecución de sus objetivos. La Banca compró una democracia con la complicidad de los partidos de izquierda, que socavaron todos los movimientos sociales de base para evitar cualquier oposición.

El memoricidio tiene por objetivo confundir, perturbar al espectador, hacer relevante lo que es irrelevante; e irrelevante lo que es relevante.

El memoricidio deforma la identidad, la constriñe ... La destruye. La extermina. La persona se construye a partir de su memoria. Destruida la memoria, se volverá a incurrir en los mismos errores.

El memoricidio supone la pérdida del sentido histórico. Los sucesos no tienen actualidad; a la juventud únicamente le interesa el presente, dicen los memoricidas. El presente sin historia no es presente, es una ficción.

El memoricidio busca crear el vacío. No se trata de un vacío meramente histórico, de los acontecimientos, sino de un vacío cultural, ético. El aparente misterio del éxito del neoliberalismo y del neoconservadurismo reside en la existencia de la negación, en el torbellino que se ha producido en el corazón del sistema político con la desaparición de su eje político central, constituido por la capacidad de crear nuevas alternativas a través de la participación generosa, no mercantilista.

El memoricidio, más que una crisis, es una mutación catastrófica, supone un colapso, un progresivo desmigajarse, un repentino e irrefrenable desbordamiento, como si lo que durante casi medio siglo se presentó como un coloso de granito, la lucha por la democracia, hubiera mostrado de repente una fragilidad inesperada, una secreta naturaleza de arena: algo de lo que tuviéramos que avergonzarnos.

Los memoricidas intentan llenar el vacío creando fantasmas. El fantasma perturba la atención y hace inaprensible el mundo exterior, destruye la realidad. Con fantasmas no hay progreso, tampoco libertad.

Sin embargo los muertos del memoricidio siguen vivos. Queremos hacerles vivir. Queremos que tomen parte en los destinos de los vivientes. Encuentran medios y vías de ponerse en comunicación con ellos.

La corrupción es en gran parte fruto del vacío generado por el memoricidio. Es necesario comprender que la corrupción no es el fruto perverso de un lleno, de una presencia que, de otra forma (es decir de hombres con memoria), podría haber sido legítima, sino que más bien es el producto de un vacío, de una ausencia.

¿Por qué los memoricidas quieren que olvidemos a Lauro Olmo y a todos los Lauro Olmo que en el mundo son y han sido?

¿Qué quieren que olvidemos de Lauro Olmo y de todos los Lauro Olmo que son y han sido en el mundo? Su compromiso con la sociedad, con los marginados, con los emigrantes obligados a buscar otra identidad.

El compromiso

El compromiso es una de las características más elocuentes de la persona socialmente madura. El compromiso es estar abierto a la construcción del progreso. El compromiso es activo, enérgico, y exige siempre presencia de generosidad. Mientras el individualista privatiza en una triste soledad, el comprometido nos empuja alegremente hacia los otros seres.

El compromiso con el progreso implica un compromiso con la educación. No se trata sólo de dar noticia de las cosas, sino que se han de transformar las cosas; se trata sobre todo de aprender a hacer las cosas y a cambiar las cosas.

Algunos tratadistas políticos creen que el compromiso es una auténtica clave política en los países democráticos. El compromiso asegura la vía intermedia que puede pasar al cuerpo legislativo y dar soluciones.

No puede haber sociedad sin una actitud de compromiso. Compromiso con la misma sociedad y compromiso con uno mismo. El compromiso no es la tolerancia, aunque la requiera. El compromiso no es complicidad aunque la necesite. Compromiso es sobre todo implicación en la propulsión de la solidaridad y del progreso.

El compromiso necesita memoria, recuerdos, vivencias. Los memoricidas saben que matando la memoria se deshacen del compromiso. La izquierda -así lo entendió Lauro Olmo y todos los Lauro Olmo-, debe dedicarse a reconstruir una conciencia crítica internacionalista y solidaria. A dar más papel a los movimientos sociales que a las formaciones políticas convencionales. O al menos darles el papel de agentes activos de la vanguardia social crítica en relación con las instituciones. Las instituciones de la democracia formal, o se activan por la presión del movimiento social, o como elementos transformadores no sirven para nada.

Lauro Olmo era y es una persona comprometida con la alegría de vivir, con el vivir con dignidad, con la solidaridad, con el progreso, con la ética, con el marginado, con el desamparado.

La alegria de vivir

El momento en que Lauro Olmo vivió no ayuda demasiado a vivir con alegría. Sin embargo, él supo alternar con una dura batalla contra la irracionalidad del franquismo, con la alegría de vivir. «El progreso pasa por la lucha [...]. Sólo la confrontación política negociada con tesón, producirá frutos válidos y permanentes en el conflicto de justicia social que enfrenta a los chabolistas [...] con el sistema franquista» (Angel Berenguer 1992, pág.59).

La alegría es la materialidad íntima del placer y se manifiesta en estallido gozoso del cuerpo. La alegría es una afección que acrecienta la potencia de obrar del cuerpo, es expansiva, enérgica, comunicativa, facilita la posibilidad de participación en los negocios del mundo.

El trabajo, como analizó Marx, agobia, aliena y destruye. Y se debe, sin duda, a que no sentimos ningún placer al realizarlo, o que es puramente mecánico, monótono. Esta ausencia del placer destruye todas las posibilidades que debiera proporcionar al trabajo. El trabajo por el trabajo no crea alegría, antes al contrario, la destruye, porque sacrifica el individuo al trabajo colectivo uniforme.

Si el placer es el origen de la alegría y de su continuidad, no se debe constreñirla a mero placer. «El placer verdadero, es un secreto compartido» (André Gidé). Por ello, la alegría es, a la vez, el placer que podemos comunicar, manifestar. De lo que se deduce la naturaleza dual y contradictoria de la alegría: privada y pública, oculta y abierta, privada y compartida.

Para recuperar la verdadera alegría hay que tener conciencia de los fines, una proyección interior de los objetivos, una teleología moral. «Liberador

ceñido de grilletes, hambriento de universalidad íntima» - decía César Vallejo del proletariado, *Poesías completas*-. El hombre debe comprometerse con la búsqueda de la alegría para que sea una verdadera liberación de las necesidades, aspiraciones y deseos que le oprimen. Es el triunfo de la alegría histórica que nace del cumplimiento de los fines progresistas

Hay una alegría que nace de la fraternidad misma. Si la alegría consiste en hacer nuestro algo que pertenece al mundo exterior, también constituye una alegría entregar a otros el disfrute de una parte de lo que nos pertenece.

La alegría es también conciencia del dolor, pues sentir una privación, una necesidad sin poder satisfacerla, se constituye en herida imborrable. Existe la alegría de crear placer para otros.

Sólo la alegría colectiva del placer lo libera de la opresión. Cuántas veces Lauro Olmo, todos los Lauro Olmo que se han propuesto hacer algo por los otros en la vida, han tenido la tentación de encerrarse en sí mismos. La fuerza solidaria les ha obligado a salir al encuentro de los otros. El trabajo social no es individual, sino colectivo.

Vivir con dignidad

La alegría de vivir impulsa el vivir con dignidad. La dignidad es colocarse fuera de la intencionalidad del agresor. Dignidad es estar por encima de la ofensa. Es no admitir la agresión como ofensa. Sólo ofende el que puede.

La dignidad es decencia en el sentido de adecuación a la mirada del otro, que sólo asténicamente se conserva en el uso habitual del término decoro.

Dignidad es asumir el sentido social en lo humano.

La dignidad esencial reside en la adecuación del espíritu a un referente moral. Es necesaria una batalla cultural, condenada quizá al fracaso, pero que es lo único que vale la pena: la reconstrucción de esa racionalidad universal basada en una idea cualitativa de lo que es crecimiento y progreso.

La alegría de vivir, el vivir con dignidad, el compromiso con el progreso, con los marginados, se ha puesto de manifiesto en Lauro Olmo en dos obras fundamentales: *La camisa* y *el Cuarto poder.*

La camisa

María Zambrano señala: «en el realismo van envueltos tanto la forma de conocimiento como la forma expresiva, como los motivos íntimos, secretos de la voluntad». Lauro Olmo sabía, y este saber formaba parte de la cultura ancestral que nos es conveniente manifestar con claridad. Él pertenecía a un pueblo y a una clase social que había de encomendarse a todos los espíritus antes de decir sus intenciones. Era una medida de cautela. Quizá no tratase de describir las costumbres, sino de exponer una tesis: la imposibilidad del

trabajador para salir de su estado de opresión a pesar de recurrir a avalorios. La «camisa» es un avalorio. «Sucede -dice María Zambrano (1971)- en nuestra cultura española, que resulta muy difícil, casi imposible, manifestar de modo directo y a las claras las cosas que más nos importan. Es siempre sin abstracción, es siempre sin fundamentación, sin principios, como nuestra más honda verdad se revela. No por la pura razón, sino por la razón poética»

El escritor se desgrana en palabras día a día.

Las palabra que emana inagotable, que se destilan como de una herida. Esta herida que todo hombre, por serlo, tiene abierta, pero que suele querer ocultar o cerrar a toda costa. Esta herida que algunos tienen acallada, dejándola que se ahonde. La herida por donde el alma respira.

La herida de Lauro Olmo es el sentirse emigrado, el desarraigo, el no poder ser lo que fue en su nacimiento un agricultor conocer de su medio, instalado en su entorno, identificado con los suyos.

Todo lo que Lauro Olmo crea brota de esa herida. Cuando edifica, en cambio, parece que quiera ignorarla o cerrarla. Siempre que el hombre crea, respira por esa herida. Más por la palabra, ese respiro, ese aliento, soplo que viene directo y sin mediación alguna de allí, ese lugar donde la verdad toca y quema el corazón humano, y es aliento abrasador de la conciencia a quien no deja reposar.

El escritor es quien no puede callar, permanecer callado. Otros hay que cumplen callando en un doble, meditativo silencio, ese silencio del hombre de bien que es como el reposo de la palabra.

Pero él, Lauro Olmo y todos los Lauro Olmo que en el mundo han sido, no pueden guardar silencio. La palabra los ha tomado para sí, los ha raptado. Y por eso, a veces, da la impresión de excederse. Se excede siempre, sin duda, y sin este exceso no serían intelectuales antifranquistas. En el escritor el exceso es simplemente el mantenimiento de su historia. El sucederse a sí mismo del que, invariablemente, prosigue, sin poder callar ante la realidad, atravesado por el aliento abrasador de la verdad que salta a sus labios. Abrasador aliento que si el ser humano no tuviera ya de nacimiento esa su herida, se le abriría.

Y esta herida y este herir se suceden a sí mismos en una tradición literaria, que es la que en verdad crea eso que se llama tradición, viviente tradición, por la cual un país es un pueblo (María Zambrano, 1995). Es la libertad de la palabra la que mantiene al escritor, la que él mantiene antes que la suya. La libertad que atraviesa la razón y, a veces, hasta juega con ella. En este juego está el punto del peligro, que no puede no hacerlo: el riesgo del espíritu.

Las técnicas dramáticas no se utilizan sólo en teatro, sino también en la dirección de la ciudad. El «principe» debe comportarse como un actor político si quiere conquistar y conservar el poder. Su imagen, las apariencias que provoca, pueden entonces corresponder a lo que sus súbditos desean hallar en él. No sabría gobernar mostrando el poder al desnudo y a la sociedad en una transparencia reveladora. El consentimiento resulta, en gran medida, de las ilusiones producidas por la óptica social.

El gran actor político dirige lo real por medio de lo imaginario. Puede, por otra parte, centrarse en una u otra de las escenas, separarlas, gobernar y hacerse él mismo espectáculo. El imaginario clásico proyecta sobre la escena en que se cumple el drama lírico las representaciones de un orden totalmente armónico. Produce ilusión y, haciéndolo, la justifica.

Todo poder político obtiene subordinación por medio de la teatralidad, más ostensible en unas sociedades que en otras, en tanto que sus diferencias civilizatorias las distribuyen en distintos niveles de «espectacularización». Esta teatralidad, representa en todas las acepciones del término, la sociedad gobernada.

¿Qué entendía Lauro Olmo por «la camisa»?. La camisa puede ser un símbolo de opresión, de represión. Pero también la camisa es un símbolo de tener refugio.

La camisa había creado una fórmula dramática original y representativa de su tiempo... El drama de Lauro Olmo consiguió una estructura modélica que expresaba adecuadamente el conflicto dramático de un sector social de su España, empleando y trastocando un sistema expresivo pretendidamente literario y tradicional.

Frente al inventor de un lenguaje literario, adoptado más tarde por una sociedad, se contrapone aquí la imagen del manipular de un enjambre de signos, que están en la calle confundidos caóticamente, y que ordenan con limpieza en las páginas de esta obra, tan aceptada universalmente como desconsiderada por nuestro teatro oficial.

Lauro Olmo quiso autentificar la dimensión social del sainete.... El «personaje de Juan podría, pues, haber comprendido como una expresión viva, de carne y hueso, que compendiaba y animaba un árido y complejo análisis político».

Lauro Olmo muestra la emigración como una solución negativa, impuesta por el sistema, que el orden «natural» del mundo no contempla sino como urgente solución a un fracaso social y personal... Toda la curiosidad, el deseo de libertad y las expectativas de aprender donde experimentaron otros, están, desde luego, pero no hay un resquicio donde emerja ese deseo de estar en todos los espacios del mundo que que impregnan a no pocos corazones con vocación universal.

En esto Lauro Olmo se sitúa en una larga tradición de autores (también del teatro social), algunos muy conservadores, que consideran la emigración una lacra social inaceptable, aunque nuestro autor reconozca el derecho a la libre circulación humana, según muestra también en su obra.

La camisa como instrumento para «dar» el camelo a los capitalistas. Hay que hacerla más convincente, lavarla, plancharla. A través de ella hay que hacer al trabajador más atractivo para el empresario. El obrero no es un «descamisado» aunque lleve camisa; no es una persona sumida en la desesperación, pronto a la rebelión; el obrero es un trabajador que puede contribuir al enriquecimiento del patrón; no es un elemento negativo, sino un factor positivo.

Para Pedro Laín Entralgo *La camisa* es: «Una lección de ética social. [Para] la aventura de lograr un orden social que permitiera [...] la empresa de vivir con plena dignidad humana» en la España de aquel momento, en que la emigración no fuera más que una opción, entre otras, y no un desastre necesario.

En los momentos de «incubar» *La camisa* existía en la colectividad de la oposición galleguista al franquismo, un «humus» cultural para volver a Galicia, para «emigrar» a Galicia. Había que obligar a emigrar los capitales y no las personas. En esto Lauro Olmo se adelantó por el camino de la afectividad a aquellos que andando los años reclamarían un reparto más igualitario entre las naciones y entre los hombres.

Lauro Olmo está organizado alrededor del grupo «Brais Pinto». Sus integrantes principales eran Raimundo Patiño, Xosé Luis Méndez Ferrín, Bautista Alvarez, Xavier Costa Clavell, Bernardino Graña. Para Raimundo Patiño, la necesidad de «volver» a Galicia era tal que cada día iba a la estación de la Renfe a ver cómo volvía el tren para Galicia. Pero la necesidad de sobrevivir le retenía en Madrid.

En esto Lauro Olmo se sitúa en una larga tradición de autores (también del teatro social), algunos muy conservadores, que consideran la emigración una lacra social inaceptable. La emigración degrada. Así lo describe Celso Emilio Ferreiro (1994, págs.104-8).

VIAXE AO PAIS DOS ANANOS

Pobre de min. A terra prometida,
a Galicia emigrada que eu buscaba,
era somente un pozo de residuos,
unha corte de ovellas resiñadas:
emporio de logreiros,
caverna de usureiros,
guarida de compadres basureiros.
[...]

Galicia xaz eiquí morta de anguria,
crucificada en sombras, sepultada
baizo as nádegas porcas dos badocos,
dos pequenos burgueses desertores,
alugados ao esterco,

vendidos ás letrinas,
sin outro afán nin fin que o dasme-douche,
o merco-vendo, okey, pago ó contado.

Entréi naquil local aclimatado
en busca dos irmáus da emigración.
Ao velos todos xuntos nun momtón
berréi esperanzado:

-Falo en nome da Terra, homes de ben...
Non me escoitóu ninguén.

Topenexando baixo oscuros veos
aquiles seres moles, casi vermes,
coa voz neutral i os corazós inermes
vexetaban sin luz, torpes i alleos.

-Falo en nome da Terra, homes de ben...
Non me escoitóu ninguén.

Esqueceran o tempo da probreza
i a fala dos abós; pro non sabían
a vileza sin fin en que vivían
agora que eran parias da riqueza.

-Falo en nome da Terra, homes de ben...
Non me escoitóu ninguén.

Fardados con exóticas albardas,
falando nun idioma estrafalario,
troncaron o seu mundo proletario
polo mundo sin fe dos alpabardas.

-Falo en nome da Terra, homes de ben...
Non me escoitóu ninguén.

En un momento, Celso Emilio Ferreiro decía al gallego, nominado como «Fuco Buxán»: emigra y después regresa... Más tarde, pedía que no se emigrara, sino que se conspirase contra el poder que pervierte el orden.

El cuarto poder

Como ya ha señalado Francine Caron, *El cuarto poder* es «una carga violenta contra la prensa». Es decir un ataque a la libertad de prensa concebida como la capacidad de calumniar, la difamación de los poderosos contra los desprotegidos, contra los que no tienen acceso a los medios de comunicación de masas, contra los condenados al anonimato.

Lauro Olmo analiza los mecanismos de la represión a partir de su efecto, el miedo. En un segundo nivel analiza otros mecanismos, los de la comunicación, que se refieren también a los medios de transmisión de la superestructura cultural. Analiza también la práctica represiva del sistema y su injerencia en el proceso de comunicación. En cada pieza se concreta aún más el esquema global.

En Lauro Olmo es propio el pegarse a la calle, no sólo en los problemas, sino en el lenguaje y en las técnicas narrativas. Hace lo que otros clásicos del realismo brechtiano estaban haciendo en países del medio, pero con conciencia clara del momento político en que se vive. En 1963 se había asesinado a Grimau, previa una sentencia del Consejo de Guerra.

Este realismo político impulsa a Lauro Olmo a dar un salto importante: pasar desde una política de resistencia a una política de agitación. A una política de propuestas de superación y de alternativa. Con el miedo no se puede construir la historia. Hay que superar el miedo.

Lauro Olmo desmonta el mecanismo de la nueva represión, basado en la planificación del consenso como la planificación del engaño.»No hay nada más sorprendente que ver la facilidad con que los muchos son gobernados por los pocos; y observar la sumisión explícita con que los hombres renuncian a sus propios sentimientos y pasiones ante los de sus gobernantes. Cuando investigamos por qué medios se produce esta maravilla, descubrimos que, dado que la fuerza está siempre del lado de los gobernados, los gobernantes no tienen nada que les respalde salvo la opinión. Así pues, el gobierno se basa tan solo en la opinión; y esta máxima se extiende tanto a los gobiernos más despóticos y más militares como a los más libres y más populares».

Esta paradoja analizada por Hume en sus *Primeros Principios del Gobierno* explica por qué las élites están dedicadas al control del adoctrinamiento y del pensamiento, un tema importante y descuidado de la historia moderna. Y si, incluso, el Estado carece de fuerza para coaccionar y puede escicharse la voz del pueblo, es necesario asegurarse de que esa voz dice lo correcto, y actúa de manera correcta.

Curiosamente, este control del pensamiento es más importante para los gobiernos libres y populares que para los estados despóticos y militares. La razón lógica es sencilla: un Estado despótico puede controlar a su enemigo interno mediante la fuerza, pero cuando el Estado pierde su arma, se requieren otros dispositivos para impedir que las masas ignorantes interfieran en las cuestiones públicas, que no constituyen un asunto suyo y, en todo caso, obedecen a un consenso implícito acerca del poder de la élite y de la sumisión de la inmensa mayoría a los designios de los especialistas y profesionales del «bien común».

Esta doctrina contituye un principio básico de los estados democráticos modernos, hoy puesto en práctica a través de varios medios para proteger las operaciones del Estado del análisis público.

Las mismas ideas sirven de marco a la tarea profesional esencial y a la responsabilidad de la comunidad intelectual: dar forma a los datos históricos

percibidos y a la visión del mundo contemporáneo en interés del Poder, asegurando así que el público, adecuadamente desconcertado, se mantiene en su lugar y cumple su función expectante e inactiva.

Según los conceptos dominantes, no se produce ninguna infracción de la democracia si unas cuantas empresas controlan el sistema de información; de hecho, esa es la esencia de la democracia. La mismísima esencia del proceso democrático es la libertad de persuadir y sugerir, la ingeniería del consenso. Si la libertad para persuadir está concentrada en unas pocas manos, debemos reconocer que tal es la naturaleza de una sociedad libre. El control del pensamiento público se convierte en un objetivo prioritario dado que constituye el único peligro serio al que se enfrenta el entramado industrial y financiero.

La manipulación consciente e inteligente de los hábitos y opiniones organizados de la masas, constituye un elemento importante en una sociedad democrática. Son las minorías inteligentes las que precisan recurrir continua y sistemáticamente al uso de la propaganda. La fabricación del consenso se ha convertido en un arte altamente consciente y en un órgano regulador de gobierno popular. Ésta constituye un proceso natural cuando no se puede confiar en la opinión pública.

Estas reflexiones sobre el Poder y sus útiles para perpetuarse, exigen que el problema del adoctrinamiento sea algo diferente para aquellos que se supone participarán en la toma de decisiones y un control serios. Aquel pensamiento proudhoniano: Ser gobernado es ser inspeccionado, espiado, dirigido, reglamentado, adoctrinado, legislado, controlado, estimado, oprimido, censurado, por seres que no tienen ni el título, ni la ciencia, ni la virtud.

La política de agitación en aquel momento nunca tendrá como objetivo vaciar de poder al poder oficial y hacer que el poder sea ejercitado por los ciudadanos. Se trataba de sustituir un poder por otro poder en cuya configuración el pueblo simple -no el iluminado- poco tendría que decir. Esta fue una gran equivocación de los «intelectuales» del PCE de aquellos momentos, que tuvieron una gran capacidad para la denuncia, pero se quedaron cortos en el momento de elaborar alternativas y para articular métodos de convivencia y de cooperación. La agitación logra que no se crea en el sistema; pero eso, lo más que consigue, es la inanición de la población, es prepararla para un «proyecto» mínimamente atrativo aunque no sea eficaz, aunque pueda suponer una traición a la crítica.

La agitación promocionada por Lauro Olmo huye de la inconsciencia y del arribismo; de la entrega de víctimas a la represión. Él propone la toma de conciencia de la deshumanización como instrumento de lucha contra el sistema DESHUMANIZADO. Nadie que quiera luchar contra el sistema establecido podrá hacerlo desde el miedo. A partir del miedo no se puede construir el futuro que es esperanza y luz; sosiego y descanso.

El miedo, sin embargo, puede convertirse en causa, en principio de unidad frente a la opresión de los poderosos. En este caso, el miedo es operativo si reivindica la paz como arma defensiva y eficaz contra la violencia.

La no información, como la información deformadora, son objeto de tratamiento por parte de Lauro Olmo. Muestra el resultado de un sistema de informaciones que mediatiza, incluso, la receptividad. La tecnocracia en el poder durante aquel período histórico, tiene que sufrir la presencia de las arbitrariedades del poder e intenta neutralizarlos a través de la conformación de la opinión. «Sólo pienso en una palabra: evolución. No daremos tiempo a que se le anteponga la erre».

Para hacer desaparecer la indignidad que nos invade, la pena que nos espera en el crepúsculo, debemos crear un mundo sólido, una sociedad que garantice la satisfacción de todas las necesidades materiales del hombre: hambre, trabajo, sexo. Saberse sin dependencias de ningún tipo que agobian y condicionan es la libertad natural necesaria, iniciándose así el mundo de la producción espiritual múltiple, mediante el libre desarrollo del Yo, y poder realizar su ser pleno. Esta real alegría brotará por obra del trabajo, de la dedicación, de la alegría de vivir, del sentido de la dignidad, en el ámbito de la comunidad.

Sólo una gente no nos hace falta en este empeño: los memoricidas.

MONCHO RAMOS
Barcelona, marzo de 1995

BIBLIOGRAFÍA

Adorno, Th. (1969). **Consignas**. Amorrortu. Buenos Aires.

Balandier, G. (1994). **El poder en escena. De la representación del poder al poder de la representación**. Paidos.

Berenguer, A. (1992). Introducción a **«La camisa»**. Cátedra. Madrid.

Ferreiro, C.E. (1994). **Antología poética**. Colección Visor de Poesía.

Goytisolo, J. (1993). **Cuaderno de Sarajevo. Anotaciones de un viaje a la barbarie**. El País-Aguilar. Madrid.

Gurméndez, C. (1994). **Sentimientos básicos de la vida humana**. Libertaria. Madrid.

Marcellán Español. F. (1995). **«De la inmensa mayoría a la selecta minoría»**. En Acontecimiento. Invierno de 1995. Año XI. nº. 34.

Ramos, R. (1994). **«La jaula del poder»**. Claves de razón práctica. nº 39. Madrid.

Sini, C. (1993). **«La cultura como espectáculo»**. En Archipiélago. Cuadernos de crítica de la cultura. nº. 16

Vázquez Montalbán, M. (1993). **«Conversación con Haro Tecglen y Vázquez Montalbán»**. En Ajoblanco. nº. 48. Enero.

Zambrano, M. (1971). **La crisis del nacionalismo europeo**, en **Obras reunidas**. Estudios literarios. Aguilar.

Zambrano, M. (1995). **«El escritor José Bergamín»**. En Revista de Occidente. Marzo. nº 166.